

5º DOMINGO en la CUARESMA (A-8) (Sangre de Cristo)

Todos tenemos una historia de nuestras pérdidas; tal vez se nos murió un querido, o perdimos el trabajo o la casa. Si miramos los evangelios como historias de la vida y las pérdidas de Cristo, miramos como Jesús las enfrentó, y nos podemos consolar que él sintió lo que sentimos. Nos invita a hacer lo que él hizo. Una pérdida invita el agobio, y estamos invitados a agobiar con Marta, María y Jesús y aprender qué hacer para seguir adelante.

Aunque es difícil, el ayudar a familias a agobiar la muerte es algo que me da esperanza, aumenta mi fe, y me contenta. ¿Por qué? Porque no hay forma más íntima de mostrar quién somos, de quién somos, y para quién estamos aquí para servir, que ayudar a otros salir bien. Si me pongo una máscara, familias perderían confianza en mí y en Dios. ¡Qué responsabilidad tenemos todos nosotros sacerdotes!

Para gente de fe, aunque una muerte duele, nos sentimos felices porque nuestro querido ha terminado su misión, y está ya con Dios, intercediendo por nosotros. Si no tuviéramos fe, nos sentiríamos como si estuviéramos ante los huesos secos de Ezequiel en la 1ª lectura.

El dolor de una pérdida es inevitable. Aún con fe, les dolió a Marta y a María. Jesús tuvo que asegurarles que con fe, tendrían que confiar en él una vez más. Si no les hubiera dolido, no hubieran invertido nada a la relación con Lázaro, y no hubieran arriesgado el amar y ser amadas.

Sin embargo, aun con fe, ellas estaban enojadas con Cristo. Cristo no vino cuando mandaron por él, y murió Lázaro. Jesús estaba 2 días del lugar, y Lázaro había estado 4 días en la tumba cuando llegó, que dice que murió antes de regresar el mensajero. Jesús delató para mostrarles que él, siendo buen amigo, también era el Mesías. Las rescató del dolor de pensar que esta vida es la única. Rescató a Lázaro para dejarle seguir viviendo. Y rescató al pueblo de sus falsas creencias

acerca de la enfermedad y la muerte, creencias que implicaban el castigo de Dios.

Jesús desea rescatarnos también. Tendemos a ponernos en tumbas con grandes piedras en la entrada. Como Lázaro, no podemos moverla a solas. Se necesita una comunidad. Por eso venimos en torno al altar, que es como un sepulcro, en donde el cuerpo y la sangre de Cristo se ofrecen.

Venimos como su comunidad para ayudarnos seguir adelante con fe, lleno de esperanza, y listos para compartir el amor que sentimos por el mundo que Dios nos ha dado, y por la gente que vemos en la vida.

Que salgamos de nuestras tumbas de las compulsiones, adicciones, malas formas de pensar y de hacer decisiones, de la tumba del prejuicio, de celos o envidia, y las tendencias de juzgar y condenar. No se sale de esto sin ayuda. Hay que aprender a aceptar, amar, y perdonarnos. Así nos hizo Dios. ¿Quiénes somos para condenar, no perdonar, y juzgar al otro? Pidamos por la ayuda necesaria.

Al recitar el Padre Nuestro, que nos veamos invitados a perdonar y ser perdonados. Seamos que la comunidad que quita la piedra y las vendas que nos impiden andar libres. Escuchemos, “Salgan” y “desátenlos” y respondamos, con 2 semanas antes de la Pascua, dejando los obstáculos, las piedras que nos impide librarnos de nosotros mismos, y que dejemos las vendas que nos impide amar a Dios y al prójimo.

Que resucitemos con Cristo, con Lázaro, a una nueva vida, una vida de amor y el perdón, de la compasión y preocupación por el otro, una vida llena de unidad y de estar en-casa con nuestro Dios.